

CUANDO EL CIELO LO TIENES EN FRENTE

por *Faustino Peralta Carrasco*

“El recinto se cobijaba con hermosos parrales de una pámpana verde, vívida y luciente, que se confundía con los vástagos de muchos jazmines altos y enredados por las paredes de la cerca. Tales jazmines, que si éstos eran reales, aquéllos eran moriscos, dejaban todos asomar por entre las oscuras y aspadas ramas de sus vástagos los blanquísimos pétalos y los perfumados cálices de sus flores. Con los jazmines, la madreselva y la pasionaria se entrelazan confundidas, ostentando éstas su morado ribete y aquéllas sus perfiles albos y olorosos. En los arriates de en medio crecían varios carambucos y mirabeles, si coronados éstos de sus ramos de nácar y oro, aquéllos lloviendo sus glóbulos de topacio que resaltaban más entre los tallos de limoneros, cidros y naranjos vestidos de azahar que se mecían pomposamente al viento. Número sin cuento de tiestos y macetas de flores se levantan al frente en anfiteatro, colocadas en andenes de tablas invisibles a los ojos por los festones de ramaje y verdura que de todas partes rebosaban y se desprendían. Aquí remedando a la rosa, las mosquetas y diamelas daban alarma a la vista, disparando antes su aroma al ambiente: allí la nicaragua, las campánulas, las arreboleras, avergonzaban la pura luz del sol con sus matices y cambiantes. El galán de día, abrochando ya sus capullos que durante la siesta embalsamaban el contorno, daba lugar a que la dama de noche desabrochara los suyos para embriagar en suavísimas esencias el aire y los sentidos. También el nardo y los jacintos pagaban allí copiosamente su tributo de olores para formar con las demás flores aquella nube de voluptuosidad y de amor que cobijaba toda la estancia. De los ramos y de los vástagos de arbustos y de árboles de aquí y de allá colgaban alternativamente con cintas de todos colores, tallas de fresquísimo barro y faroles pintados, aquéllas sin duda para resfriar el agua al halago del ambiente, y éstos para alumbrar la escena que poco a poco había de representarse. Alguno que otro pájaro y colorín revolaba entre las ramas como queriendo saber las aventuras de dos o tres mirlos y verderones, que, encerrados en sus jaulas de caña y alambre colgadas entre las flores, se deshacían en gorjeos, y carrerillas, y sentidas entonaciones, celebrando sin duda los encantos de aquel lugar”.

Este hermoso fragmento del escritor Estébanez Calderón, costumbrista malagueño que algunos aseguran nació en Ronda y recién venido al mundo, al quedarse huérfano, fue acogido en un orfanato de Málaga, de su libro “Escenas Andaluzas”, me evoca a como tenían que sentirse aquellos eremitas que habitaron las cuevas de San Antón, donde se encuentra nuestra ermita de la Virgen de la Cabeza. Cuatro puntos redondos desde Ronda y, desde las cuevas, la ciudad lejana, enfrente, encima de una grandiosa mole de piedra. Sin duda dos lugares mágicos, uno mirándose al otro. El uno desde el retiro, la serenidad y la meditación, pero permanentemente con los cuatro ojos mirando la vida inquieta y ajetreada de quienes habitan una singular población tres veces milenaria.

Tanto en los lugares mágicos como en los sagrados, está siempre uno de los cuatro elementos primordiales de la naturaleza: tierra, agua, fuego, aire, o varios a las vez. La tierra (la piedra ante todo) ofrece seguridad y firmeza, es acogedora y maternal; el agua es origen de toda la vida; el fuego es el calor, tanto el procedente del sol como el del interior de la tierra; el aire es el soporte material que permite volar a las aves y el lugar donde situamos el paraíso y los seres superiores (el cielo, en definitiva). Pues bien, en la superficie de todas las rocas sometidas a la acción del aire, agua y fuego se forman texturas que son la verdadera voz de la tierra. En frente esos cuatro ojos que nos miran o esas cuatro bocas que nos hablan.

Los chinos desarrollaron técnicas geománticas que conocemos con la denominación Feng Shui, y utilizando mapas y tablas misteriosas deciden donde hay que construir y cómo hay que hacerlo. También establecen lo que es conveniente o inconveniente poner en el interior de las casas y el lugar exacto en el que amplifican las energías positivas que influyen sobre sus habitantes. Los lugares sagrados y mágicos son elegidos precisamente por ese “poder” de que les dotan las energías. Nuestros mozárabes que se instalaron en aquellas cuevas y la agrandaron excavando en ellas, no conocían el Feng Shui pero, con toda seguridad, sabían donde tenían que instalarse pues probablemente sentían esas emanaciones mágicas.

La localización de estos lugares es primordial, pues al contemplar un paisaje podemos intuir si alberga un recinto de poder que nos hace sentir y nos conmueve. Cuando observamos la naturaleza recibimos una serie de impresiones que en ocasiones no pueden describirse con una palabra concreta. Algunos sitios, por ejemplo, parecen rechazar la presencia humana; otros sin embargo provocan una gran sensación de paz. Las mentes racionales lo atribuyen al clima, a la combinación de colores, a los aromas que flotan en el aire o a recuerdos de la infancia. Sin embargo intuimos que hay “algo más”. Existen sensaciones que superan la barrera de los cinco sentidos. Es cuando surge la cuestión: ¿qué es lo que sucede allí? ¿Qué calificativo nos inspira ese lugar?

Sorprendentemente, la Física Cuántica describe algunos fenómenos incomprensibles que tienen lugar en el nivel subatómico. Partículas que se detectan por su “no existencia”, o sea, tenían que haber estado y dejaron un vacío como firma. Otras que atraviesan dos agujeros a la vez. Algunas cambian su dirección simultáneamente a gran distancia, como si estuvieran sincronizadas de un modo misterioso. Radiaciones que superan la mítica velocidad de la luz sin aumentar su masa. En definitiva, observaciones que permiten adivinar distintos espacios de existencia para las cosas, más allá de las tres dimensiones.

Y otro aspecto de sumo valor en la localización de estas cuevas está también en la contemplación del paisaje que nos ofrece. Un paisaje secular que siempre han sido percibido como clave de la comprensión de nuestro territorio, y son precisamente los viajeros románticos los que trascienden su existencia más objetiva para centrarse en las vivencias que estimulan su creatividad. Todo nuestro territorio es reconocido como tal por las creativities clásicas mediterráneas, de manera que pueden rastrearse algunos componentes de la construcción cultural de sus paisajes ya desde los primeros testimonios escritos sobre esta tierra. En aquellas fases originarias, este extremo occidental del Mediterráneo, las últimas estribaciones de la penibética, forman parte de una geografía en la que se mezclan los mitos, las experiencias extraordinarias y la pragmática expectativa de la riqueza paisajística. Es más, de un modo implícito, se puede detectar una sustancial dimensión estética en la preferencia por emplazamientos tan bellos y bien escogidos como los de nuestra ciudad y su entorno. Y son los árabes los que nos dan una visión positiva y laudatoria, gestada durante la romanización, que se iría enriqueciendo con las diferentes lecturas del territorio, con una rica percepción polisensorial, como el pasaje de Estébanez Calderón, y construyeron a través de una síntesis visual, sonora y olfativa una imagen paradisíaca.

Pero son, como digo, los viajeros románticos los que introducen nuevos criterios de valoración al considerar el paisaje sublime, como el nuestro, como categoría estética propia de las cosas “con capacidad de entusiasmar y elevar el espíritu, unido a la grandiosidad del pensamiento y la profundidad de las emociones” (Tatarkiewicz, 2004).

Los viajeros románticos traen consigo una concepción nueva del paisaje, un modo diferente de entenderlo. Aportan percepciones y vivencias llenas de contrastes y notas distintivas, interpretan el paisaje humanizado, elaborando imágenes y valoraciones con amplias resonancias geográficas. Son precisamente los que inician el modo de entender el paisaje tal y como lo consideramos hoy. La ubicación de las Cuevas de San Antón y de Ronda, es un claro ejemplo evocador de la esencia romántica del paisaje, de lugares mágicos que trascienden la simple contemplación objetiva y nos otorga esa emoción interior e íntima de lo que percibimos desde un lado o del otro, en permanente conversación de sensaciones.

Si a todo esta le sumamos religiosidad, devoción y fervor, el cielo lo tenemos en frente.